

Notas sobre la identidad cubana en su relación con la diáspora

Ernesto Rodríguez Chávez

Investigador. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

En el último lustro, directa o indirectamente, hemos asistido a un sostenido debate en torno a la identidad, en sus múltiples manifestaciones. Los análisis sobre identidad —cultural, nacional, de diáspora, étnica, de clase, de género, transnacional, entre otras—, expresan los múltiples y complejos procesos sociales que tienen lugar hoy, con el consiguiente reflejo en el debate académico e ideológico. La internacionalización, cada vez mayor, de la economía —manifestada en el mito y la realidad de la globalización, los procesos de integración regional, los problemas de realización de la democracia, la migración masiva en todas sus variantes, los cambios en los roles del Estado, la redefinición de fronteras nacionales, la crisis de los paradigmas del universalismo europeo y del socialismo real, los avances tecnológicos, así como los nuevos actores sociales— impone no solo la búsqueda de otros paradigmas políticos y económicos, sino también la necesidad de una nueva relación individuo-colectivo-nación que explique esa interconexión y ofrezca soluciones viables a la existencia social de todos los pueblos en el actual mapa mundial. Conceptos como identidad, nación, nacionalidad, ciudadanía, pluralismo e igualdad, tienen

que ser replanteados en teoría, así como en su uso práctico y normativo.

La búsqueda de esa nueva relación implica comprender las identidades colectivas que se vienen forjando en un complejo proceso de interacción transfronteriza, cada más intenso, que modifica las realidades locales. Las interconexiones nacionales, transnacionales, supranacionales y globales «dan nueva densidad a lo cercano y específico, a lo propio y particular, y alientan la construcción de identidades colectivas sobre bases, espacios y marcos institucionales diferentes a los conocidos por la teoría social».¹ Estamos considerando las identidades colectivas como procesos de construcción social de fronteras, de confianza y solidaridad, en escenarios diferentes, donde sus componentes se intersectan, traslapan y rearticulan, lo que da una imagen más de acuerdo con la diversidad y complejidad que implican la homogeneización y la diferenciación de las interconexiones culturales globales de hoy. Esto tiene especial importancia para la interpretación de identidades étnicas y de diásporas, que chocan con y se superponen a las identidades nacionales.²

Para nuestro objeto particular de estudio, posee especial importancia el incremento acelerado de la migración internacional en las últimas décadas y su impacto sobre la identidad, entre otras cosas. Este flujo incesante de personas, en una y otra dirección, a cortas y largas distancias, movidas por una compleja cadena de motivaciones y aspiraciones, en espacios políticos y económicos diferentes, ha creado verdaderas redes sociales que no reconocen fronteras tradicionales, y encuentran realización en múltiples formas de migración —documentadas o no— bajo políticas migratorias que ven más por las prioridades de seguridad nacional e intereses político-ideológicos que por la realidad impuesta por las nuevas interconexiones de lo interno y externo en cada país. En este contexto, no podemos desconocer las emergencias creadas en la construcción y redefinición de identidades.

La identidad cubana no escapa a este proceso histórico universal. Más de cuarenta años de cambios radicales en Cuba, como resultado de la Revolución de 1959, y más de treinta de existencia de ascendentes comunidades de emigrados cubanos en los Estados Unidos, así como en diversos países —España, Venezuela y México, entre otros—, en menor medida y tiempo, han provocado un importante proceso de inclusiones y exclusiones en la identidad cultural cubana, que no siempre se reconoce por las partes involucradas. La reinterpretación y reconceptualización de la identidad cultural cubana, en todas sus dimensiones, es una necesidad teórica y práctica, en Cuba y en su diáspora.

Entendemos convencionalmente por diáspora, las comunidades de cubanos radicadas en el exterior, aunque nos vamos a referir, en muchas ocasiones, solo a la emigración cubana en los Estados Unidos, que representa aproximadamente el 90% de todos los cubanos en el exterior y donde necesariamente se han conformado nudos identitarios y expresiones de mayor importancia, en relación con lo cubano y la nación. Ello no desconoce las distinciones entre las diferentes oleadas y grupos de emigrados cubanos en ese país, ni la presencia de expresiones de la identidad cubana en otros países con comunidades de cubanos más o menos importantes en lo referente a la cultura.

Plantear este análisis para el caso cubano al iniciar el siglo XXI, es de especial interés, por su significado para la recomposición de la emigración cubana en general, pero también por la importancia política que tiene para la sociedad cubana y la forma de relacionarse con su diáspora.

Trataremos de exponer algunos presupuestos teóricos generales que, sobre la base del debate internacional acerca de la identidad, pueden ayudar a establecer límites y problemas en la definición de la

cubana en su relación con la diáspora, y en abordar esto como parte del nuevo vínculo que se va forjando entre la población de la Isla, sus emigrados y la nación. El artículo no busca llegar a una definición de la identidad cubana actual, ni las múltiples posibilidades de manifestación que puede tener en Cuba o en el exterior. Tampoco pretende analizar a fondo los cambios ocurridos en las últimas cuatro décadas —que han reafirmado, ampliado o excluido rasgos y elementos de la identidad cubana inicial—, ni entrar en la discusión concreta de hasta dónde hay convergencias o diferencias, y qué puede ser hoy parte de lo cubano, lo cubanoamericano u otros casos de expresión de identidad cubana vinculada a otras naciones.

El análisis de presupuestos teóricos para interpretar la identidad cubana se guía por la siguiente hipótesis, que no necesariamente va a ser fundamentada en su totalidad: el fuerte flujo emigratorio cubano hacia los Estados Unidos y —en menor medida— hacia otros países, con posterioridad a 1959, la formación del enclave cubano en Miami y el desarrollo en general de lo cubanoamericano, junto a los aportes de nuevos y diferentes grupos de emigrantes —primero los «marielitos», en 1980, y luego los «balseros» y otros en los años 90, más los grupos de emigrantes hacia otros destinos, igualmente en la última década—, rompe con patrones establecidos de lo cubano en la Isla y en la diáspora y obliga a modificar y ampliar su concepto. La identidad cultural cubana hoy está en la Isla, como sujeto principal que dio continuidad a sus orígenes más fecundos de lucha por la independencia nacional, pero también en la diáspora, como su extensión desde una perspectiva política —opuesta o no— que se amplió, además, a lo cubanoamericano, en lo fundamental. En cada parte hay elementos identificadores básicos y elementos nuevos. Sin embargo, la confrontación entre los Estados Unidos y Cuba, más el conflicto político entre esta y el enclave cubano en Miami, actúan como separadores y exacerbadores de la diferencia entre la Isla y toda la diáspora. La búsqueda de una nueva relación individuo/ colectivo (familia)/ nación (comunidad), que se impone en la nación cubana, obliga a que Isla y diáspora en general se reconozcan como partes de la identidad cubana en un proceso histórico de construcción, deconstrucción y reconstrucción.

Contexto general: migración e identidad

La migración internacional no se limita a los problemas económicos, políticos, étnicos, ambientales, de redes sociales u otros, que la puedan generar o que esta crea in situ como resultado de su desarrollo continuo. La migración marca la formación y

transformación del Estado, la sociedad, la nacionalidad, la ciudadanía y la identidad humana, según intensidad, concentración geográfica y tipo de migración, a partir de dos niveles básicos. Impacta, primero, a nivel constitutivo a los países que se crean esencialmente con inmigrantes. Después a nivel restitutivo, a los Estados formados con anterioridad. Este nivel, el más importante para nuestro análisis, se expresa a su vez en dos direcciones: una hacia los países receptores de grandes flujos de migrantes, con las transformaciones y consecuencias que provocan en su seno los recién llegados y las comunidades conformadas por estos, y otra hacia los países emisores, que reciben un doble impacto de la migración: al inicio, cuando sale parte de su población al exterior, y luego con su retorno directo o indirecto, definitivo o temporal, en mayor o menor cuantía. Proceso este último acentuado en muchos países o localidades con el aumento de las facilidades de transporte y comunicación internacionales, y en especial con el desarrollo de formas de migración pendular, transnacional y hasta de comunidades transnacionales que simultáneamente interactúan en los lugares de origen y destino.

La importancia de la migración internacional en esta época, respecto a la conformación o transformación de identidades colectivas, hay que verla no solo en su incremento cuantitativo y la conformación de nuevas comunidades nacionales dentro de Estados ya constituidos, sino en los cambios cualitativos manifiestos respecto a su composición, formas de ejecución y los vínculos que pueden formarse entre los emigrados y sus países de procedencia, con particular importancia en lo referido a las transferencias monetarias y los impactos que crean en todas las esferas de la sociedad.

A diferencia de siglos pasados e incluso de las primeras décadas del xx, cuando algunos países estimulaban la inmigración como parte de su proceso de conformación territorial y económica, ahora no es así. La mayor parte de los Estados optan por regularla lo más posible, y en su inmensa mayoría tratan de cerrar o proteger sus fronteras nacionales al libre movimiento de «extraños», que quieren establecerse en su territorio y pueden «amenazar» los intereses o beneficios de su comunidad. Incluso la Unión Europea —que a inicios de los años 90 decidió liberalizar sus fronteras al movimiento de ciudadanos de países miembros de la Unión, con sus consecuentes flujos migratorios, sobre todo del sur al norte y del este al occidente europeos— también adoptó políticas muy restrictivas para el acceso de personas provenientes de otras regiones o países vecinos externos a la comunidad, como los provenientes del Asia menor y el norte de África.

En términos generales, al libre movimiento de mercancías y capitales que impone la globalización, se

opone el interés de los Estados en restringir el libre movimiento de personas, o por lo menos subordinarlo a sus intereses estratégicos. El problema de la pertenencia y los derechos que esto supone, más la forma de redistribuir lo que pertenece —o asume que le pertenece— a la comunidad establecida, sigue siendo desigual en relación con la producción de bienes en los escenarios nacional e internacional.³ Ello marca las políticas migratorias y de naturalización, y conforma límites a las nuevas identidades que se debaten por surgir o cambiar, en la presente coyuntura.

En el sentido de la relación migración-nuevas identidades, el debate internacional está concentrado en dos direcciones. Una, en torno a los problemas que asisten a una sociedad multicultural, sobre todo para las sociedades que hoy son polos principales de recepción de inmigrantes, aunque también para aquellas donde ha resurgido la diferenciación y aspiraciones de minorías nacionales y culturales, no necesariamente nuevas, como resultado de la actual coyuntura histórica y política.⁴ Otra, en relación con la identidad de la diáspora en las comunidades de inmigrantes y, más recientemente, en torno a la identidad transnacional, que aparece con el flujo migratorio, con el consecuente impacto sobre la identidad nacional de los países involucrados.⁵

La complejidad de la formación y manifestación de la identidad diaspórica y de la transnacional —más que ninguna de las otras formas de la identidad humana en la época actual—, refleja la dualidad constructiva que el ser humano posee en cuanto a su tendencia a la movilidad y a la estabilidad, como fuerzas en lucha permanente, a nivel de individuos, grupos o comunidades completas. La tendencia a la movilidad como expresión de su evolución y desarrollo, de su acuerdo y desacuerdo con el *modus vivendi*, como transgresión de los límites o las fronteras mentales, sociales o territoriales en que desenvuelve su actividad.⁶ La tendencia a la estabilidad en grupos, comunidades, identidades, territorios y Estados,⁷ como vía de garantizar intereses, legitimarlos y buscar mayor nivel de satisfacción material o espiritual bajo cualquiera de esas formas de cohesión.

Visto lo anterior, estamos en presencia de dos dimensiones opuestas de la existencia humana: la traslación, el cambio, la diferencia, la no pertenencia, el desarraigo, la alteridad, la pérdida por la obtención versus la permanencia, la estabilidad, la coherencia, la pertenencia, la identidad, el arraigo, el mantenimiento por la obtención. En el fondo más legítimo del asunto, y apartándonos del afán de opresión y explotación que pueda intermediar la acción humana, de lo que se trata es de la búsqueda del bienestar en su forma concreta.

Para el caso de las manifestaciones de la identidad cubana en la Isla y en su diáspora, que interactúan en el marco de una confrontación política mayor, además de tener presente las diferentes dimensiones sociales de la identidad a través de la acción del individuo, es vital reconocer el papel del conflicto en la dinámica de la identidad y de esta sobre el conflicto mismo.

Respecto a la movilidad de la población, en algunos teóricos defensores del comunitarismo domina el criterio, no absoluto, de que

la mayoría tiende a quedarse donde está, a menos que su vida allí sea muy difícil. Experimenta una tensión entre el amor a un lugar y los inconvenientes de ese lugar determinado. Mientras algunos abandonan sus hogares y se hacen extranjeros en nuevos países, otros permanecen donde están y resenten a los extranjeros en el propio país.⁸

Otros ofrecen un enfoque más mediado: «un grupo social en reposo o un grupo social en movimiento, tiende a permanecer en ese estado a menos que se le impulse a cambiar, porque junto con cualquier patrón posible de vida se desarrolla un sistema de valores en apoyo a ese patrón».⁹ El ser humano va a buscar nuevos caminos para satisfacer sus necesidades materiales y espirituales, bien con la movilidad o la estabilidad. La interrelación entre el individuo, el grupo, la familia, la comunidad, la nación, el territorio y el Estado tiene un peso fundamental.

En la práctica, encontramos comunidades o pueblos donde históricamente ha dominado la movilidad como forma de vida, por encima del sedentarismo, como ocurre en países del Caribe de habla inglesa. También está la historia de muchos pueblos, comunidades e imperios que extendieron su poder sobre otras tierras mediante la consolidación de un espacio propio, como los egipcios, los romanos, los mayas y los incas.

Si aceptamos este principio constructivo dual del ser humano, no será difícil entender la relación estabilidad-movilidad que encierra la identidad como concepto para definir un conjunto de rasgos de ese ser humano en tiempo, espacio y relaciones sociales determinadas; es decir, como igualdad y diferencia, sobre todo si nos referimos a las manifestaciones que asume la identidad social a partir de la migración internacional, con la traslación de un territorio a otro, de un Estado a otro, de una cultura a otra, y las relaciones que se establecen en ese proceso de transformación y construcción de identidad con el país de origen y el país receptor. Qué se incluye, qué se excluye, a qué cultura se pertenece, son parte de los dilemas de la identidad del emigrado. Qué tipo de identidad se establece en los emigrados, qué factores

inciden en ello, cómo se da el cambio y la creación de una nueva identidad, son algunas de las interrogantes a las que debe buscar respuestas el análisis social.

Del concepto y las dimensiones sociales de la identidad

La identidad es un fenómeno dinámico y jerarquizado que se desarrolla en un proceso permanente de construcción y deconstrucción, en términos de individuos, grupos y comunidades. La ubicación de la identidad en su contexto geográfico, psicológico, político, económico, histórico, muestra lo ficticio de una identidad estática y esencialista que maximiza lo dado. La identidad siempre cambia, se ensancha y adapta según los diferentes contextos, en un devenir de continuidad y discontinuidad, de unidad y diferencia. Las identidades étnicas y culturales se forman y transforman a través de la atribución de etiquetas y del discurso narrativo propio, en los que las élites políticas pueden desempeñar un papel decisivo.¹⁰

Para casos particulares como el de la identidad cubana en los últimos treinta o cuarenta años, la política en sí misma y los líderes de la Revolución en Cuba y de la contrarrevolución en el exterior, han tenido y tienen un papel esencial y constitutivo en muchas de las definiciones que identificaron, por bastante tiempo, la autoconstrucción de cada grupo, por oposición. Los rasgos comunes se encubrieron ante las diferencias fuertemente marcadas por la representación ideológica mutua.

El enfoque que suscribo de la identidad en perenne construcción no la asume como lo permanente, ni se queda en el esencialismo identitario, sino que trata de reconocer el movimiento que encierra el concepto y, por tanto, distinguir los nuevos límites, lo que incluye o excluye, en el momento concreto de dar una definición de identidad cubana.

En la construcción perenne de la identidad, es importante señalar distintas lógicas o niveles de identificación social asumidos en su integridad por el individuo como actor social: a) la integración y la crisis; b) la estrategia y los recursos; c) el compromiso. Ello

facilita comprender la complejidad y heterogeneidad de la formación de la identidad y de su expresión en la acción de los sujetos sociales, como señala François Dubet.¹¹ Las lógicas de identificación social que indica este autor tienen especial importancia para el análisis de la transformación de la identidad cubana después de 1959, sobre todo para la parte que nos remite al fuerte conflicto con el país donde radica la inmensa mayoría de los cubanos en el exterior, y la posición de confrontación adoptada por buena parte de esa emigración respecto a la Revolución cubana.

La identidad como vertiente subjetiva del proceso de integración y crisis, nos remite a una cierta imagen de relaciones sociales, no solo a nivel de individuos. La identidad que construye o refuerza la pertenencia a un grupo se realiza en comparación y oposición a otros grupos. Aquí entra el juego de las referencias sociales positivas y negativas autogeneradas o impulsadas por un sector interesado en esa identificación, las élites dominantes en el grupo y/o la acción de los Estados. Mientras más distancia social del otro, más resguardada está la identidad buscada. Cuando las diferencias se reducen, la identidad se defiende hipertrofiándolas. El proceso de separación de un grupo e integración a otro, aun cuando es deseado, no deja de provocar un proceso mayor o menor de crisis de pertenencia e identidad ante el cambio de estatus o cultura. Esa interpretación de la identidad como integración posee también una dimensión estratégica; es decir, se emplea como recurso para los fines deseados. La identidad es utilizada como instrumento de poder e influencia ante otro grupo, como una opción que corresponde más al propósito que a la naturaleza misma del sujeto. La identidad social no solo es resultado de la historia y la socialización; también posee ciertas formas instrumentales construidas más allá de los fines de afirmación. No solo implica la integración y su uso como recurso estratégico; es además compromiso del sujeto individual y colectivo, en mayor o menor medida. En el compromiso está la parte movilizativa de la identidad en la acción del sujeto. El compromiso liga orientaciones culturales y proyectos, para superarlos y sacralizar lo existente o lo nuevo. Se habla entonces de los «intereses» de la patria, del proletariado, de la democracia.¹²

Estas tres lógicas de la identidad social actúan de manera simultánea; el actor social las comparte con diverso grado de intensidad. «La identidad social no está dada, ni es unidimensional, sino que resulta del trabajo del actor que administra y organiza las diversas dimensiones de su experiencia social y de sus identificaciones».¹³

Para el caso de las manifestaciones de la identidad cubana en la Isla y en su diáspora, que interactúan en el marco de una confrontación política mayor, además

de tener presente las diferentes dimensiones sociales de la identidad a través de la acción del individuo, es vital reconocer el papel del conflicto en la dinámica de la identidad y de esta sobre el conflicto mismo. Ello tiene especial importancia a la hora de replantear el tema de la identidad cubana, como definición misma de sus límites, y como vía de disminuir grados o incluso partes del conflicto entre la Isla y su diáspora en los Estados Unidos.

Habrá que tener presente cuatro condiciones intrínsecas a los conflictos que señala Rik Pinxten, citando a L. Kriesburg:¹⁴ a) las partes en conflicto se ven como entidades separadas una de la otra; b) al menos una de las partes se siente agraviada; c) al menos una de las partes tiene como finalidad realizar cambios en la otra a fin de satisfacer sus agravios; y d) la parte agraviada posee la convicción de que el cambio deseado por la otra no es posible. Las dinámicas de identidad codeterminan agravios, objetivos y expectativas de solución en los conflictos, y a su vez las condiciones de estos determinan parcialmente las dinámicas de identidad de las partes en pugna.

Del multiculturalismo a la identidad cubana y su diáspora

El ideal de la sociedad multicultural actual implica la comunicación y el intercambio entre actores con categorías de expresión, análisis e interpretación diferentes, en una unidad social y territorial común.¹⁵ Pero visto a nivel internacional, implica también la tolerancia y esas mismas relaciones de comunicación e intercambio entre territorios y sociedades diversas; o sea, el respeto a la independencia nacional y al sistema de cada país, sin imponer patrones culturales y políticos —aunque se consideren superiores. El problema es ver, hacia adentro y hacia fuera en cada unidad social y territorial, la relación entre una sociedad y otra, como parte de los valores de coexistencia, tolerancia y democracia. En este contexto hay que ubicar el debate en torno a la identidad cubana actual.

Sabemos que el problema de la sociedad multicultural que trata de incluir la diferencia en el todo, puede ser distinto al problema de la lucha por la independencia nacional y la búsqueda de una identidad, que logre la unidad y homogeneidad de una nación, pero esto no puede sustraernos de considerar que aun cuando se discute el paso a la sociedad multicultural como forma superior de identidad colectiva, hay países que, junto con sus conflictos internos de multiculturalidad, deben llevar la lucha por el resguardo de su independencia y el respeto a sus intereses, en peligro de ser transgredidos permanentemente por

otros. A su vez, países que discuten en su interior la multiculturalidad, que buscan formas de permitir a todos sus miembros el acceso y la pertenencia —al menos en teoría—, no aplican iguales parámetros hacia otros en el exterior. Esta es la compleja realidad que la teoría del multiculturalismo no puede dejar de reconocer.

¿Es posible conjugar la unidad de una sociedad con la diversidad de culturas o, por el contrario, hay que admitir que cultura y sociedad están tan estrechamente ligadas que la unidad de una implica la de la otra y que no puede haber vida social común entre poblaciones de culturas diferentes, como opina Alain Touraine?¹⁶ Habría que preguntar también: ¿es posible que una identidad nacional, multicultural o no, se comunique, intercambie y respete la existencia de otra, con normas y patrones de construcción social diferentes, sin imponer o universalizar las suyas? ¿Es posible que una cultura nacional se bifurque y desarrolle en dos contextos sociales diferentes u opuestos, sin perder su identidad de base, donde un polo puede ser la antítesis económica y política del otro, incluso en Estados nacionales opuestos? ¿Puede una parte respetar la existencia de la otra sin deslegitimarla, donde cada parte reconozca lo que cada una aporta a la cultura nacional?

La primera problemática nos conduce a la existencia de la diversidad cultural en una sociedad, sobre la base de cánones establecidos por la llamada democracia occidental, sin cuestionar la base económica o política de construcción de esa sociedad. Esto es central en países como los Estados Unidos, Canadá o los europeos. Sin embargo, las dos siguientes nos sitúan en el caso de países donde los problemas del multiculturalismo están unidos a la independencia y la identidad nacional, a la lucha contra el poder del capital transnacional o de algunas instituciones transnacionales que tratan de imponer sus intereses a cualquier precio; así como a la existencia de fuertes y extensas comunidades de emigrados, que no han perdido sus vínculos con el lugar de origen y, más que eso, los intensifican.

Como ya hemos dicho, el problema no es solo para los países receptores de inmigrantes, que tienen que asimilar la presencia de otras culturas, sino también para los emisores, que reciben el impacto de sus emigrantes y ven transformarse las relaciones sociales, culturales, económicas, y hasta políticas, por esa influencia. Esto tiene mayor peso en países pequeños y muy cercanos a los altamente desarrollados, donde reside buena parte de su población, como en los casos de Cuba, República Dominicana, El Salvador y Jamaica, que tienen entre el 12 y el 20% o más de su población emigrada en los Estados Unidos.

El discurso norteamericano del *melting pot*, expresión supuesta de multiculturalidad —en el fondo no es más que cierta interculturalidad, con dominio de un grupo fundador sobre el resto, que es admitido, pero subordinándolo a los patrones ya impuestos—, reclama todos los derechos de aceptación para los inmigrantes cubanos posteriores a 1959 (sobre todo de los años 60 y los 70), como expresión de falsa pluralidad y bajo estratégicos intereses políticos; pero no aplica iguales normas de pluralidad para los de la Isla, con un sistema social diferente. La aplicación indiscriminada de la categoría legal de refugiados, para aceptar como inmigrantes a más del 71% de los cerca de 900 000 cubanos admitidos en los Estados Unidos entre 1959 y 2000,¹⁷ y la influencia en ese sentido respecto a la identidad del grupo como exiliado, en total diferencia con otros inmigrantes con muchas razones para obtener la categoría de refugiado o asilado, constituye un claro ejemplo de la manipulación política de la migración cubana y del manejo de su etiqueta identitaria desde el gobierno norteamericano.

La etiqueta de refugiados y exiliados —impuesta o autoimpuesta en la mayor parte de la emigración cubana en los Estados Unidos—, no puede tomarse como algo accesorio en el análisis de la identidad cubana, unido a la política de coerción y agresión seguida por el gobierno norteamericano contra la revolución de 1959. Esa etiqueta de refugiados (o exiliados, en menor medida), es un hecho clave como elemento constructivo de identidad, y sigue influyendo hasta el presente no solo en la identificación de diáspora de la mayor parte de los cubanos radicados en los Estados Unidos y hasta en otros países, sino también en la de los cubanos de la Isla por identificación opuesta, sobre todo en años anteriores, cuando esa diferenciación política dominó la identificación de cubanos de afuera como «la contrarrevolución» y los de dentro como «la Revolución».

Si bien esta generalidad era cierta en buena parte, hacia mediados de los años 70 no era absolutamente así, y ocultaba todo el espectro sociopolítico y cultural de los cubanos de dentro y fuera de la Isla. La continuidad de la aplicación de la categoría legal de refugiados a la mayoría de los cubanos que llegan a los Estados Unidos a fines de los años 90, que oscila alrededor del 70% entre 1995 y 2000, oculta toda la diversidad de patrones de identificación de los más de cien mil cubanos que emigraron a ese destino en esos años. De igual manera, la continuación en Cuba de restricciones gubernamentales a la salida y entrada de cubanos a la Isla ayuda a reforzar etiquetas de identificación como refugiados o exiliados para parte de la diáspora, que no se corresponde con la realidad cubana y con el conjunto de motivaciones y aspiraciones

que impulsan a los emigrantes cubanos de estos años. No obstante la diferencia de problemáticas, la mayor parte de los elementos conceptuales del enfoque de la identidad multicultural, son válidos para abordar la identidad diaspórica, teniendo en cuenta las especificidades contextuales y la historia en cada caso.

Hoy, más de 1 350 000 cubanos viven en el exterior, la abrumadora mayoría en los Estados Unidos (1 241 685), en particular en el estado de La Florida (833 120),¹⁸ lo que significa que la diáspora cubana total constituye alrededor del 12% de la actual población de la Isla. Los cubanos que viven en los Estados Unidos representan el 10%. El flujo migratorio desde 1959 ha tenido sus altas y bajas en relación con las transformaciones internas en la Isla y los cambios en las políticas migratorias de Cuba, y fundamentalmente de los Estados Unidos como principal país receptor. Ahora, a raíz de los cambios que están ocurriendo en Cuba como resultado de la crisis que se vive después del derrumbe del socialismo europeo y el incremento del bloqueo económico, el potencial migratorio ha crecido rápidamente: puede superar las 700 000 personas, si tomamos en cuenta que en junio de 1998, como parte del entendimiento migratorio bilateral de 1994, en el tercer sorteo abierto por la Oficina de Intereses de los Estados Unidos en La Habana, se inscribieron más de 600 000 personas, sin incluir menores de edad y mayores de 65 años que no participan en el sorteo, pero que pudieran emigrar si un familiar directo de su núcleo es elegido. El exterior, dentro y fuera de la Isla, se ha convertido para muchos cubanos en una aspiración socioeconómica, en una forma de futuro de vida que supera la realidad nacional, en una especie de búsqueda existencial que no precisa cuán separados estén del proyecto político de la Revolución. Esto es muy diferente respecto a la situación de los años 60.¹⁹

En el caso cubano, la identidad cultural en la diáspora y la Isla puede aparecer como reflejo de las aspiraciones multiculturales, en un sentido amplio del término. No se trata de culturas diferentes, sino de una misma que tomó, desde una raíz común, cursos diferentes para trazar dos caminos hegemónicos, entre todas las formas subalternas que se expresan antes y después del triunfo de la Revolución en la identidad cultural cubana. El elevado crecimiento de la emigración después de 1959 y la conformación del enclave cubano en Miami en los años 60 y los 70, fraccionó y amplió, al mismo tiempo, esa identidad. Cada polo dio continuidad y enriqueció lo tradicional desde perspectivas políticas y económicas diferentes, negándose uno al otro en parte del proceso, y cada cual centrando las diversas manifestaciones identitarias que tienen lugar en los espacios respectivos de acción.

En lo anterior, la continuidad se observa en la vida privada de ambas partes, en el fuerte sostén de las tradiciones por cada lado y en la perdurable comunicación familiar. La discontinuidad aparece en la vida pública gobernada por la política, por las leyes y el sistema económico-social imperante en cada lado, que van a agregar nuevos elementos a esa identidad e incluso cambiar parte de los anteriores —ya sea por imposición, por la propia dinámica social o por voluntad natural de los individuos. La discontinuidad llegó a ser manifiesta hasta en rupturas familiares, fuertemente apasionadas, por la diferencia política.

Como afirmamos hipotéticamente al inicio, hoy la identidad cubana está en la Isla y en la diáspora. En ambos lados hay elementos identificadores básicos: idioma, costumbres alimentarias, moda, música, vida cotidiana, cultura política. Al margen de los modismos diferenciadores, todos los elementos anteriores unen a cubanos de cualquier parte. Sin embargo, la confrontación entre Cuba y los Estados Unidos, más el conflicto político entre la Isla y los núcleos duros de la comunidad cubana radicada sobre todo en Miami y —con mucha menor incidencia— en algunos otros puntos geográficos fuera de los Estados Unidos, actúan en forma constante como potenciadores de la diferencia entre los cubanos de dentro y de fuera.

La inserción de los inmigrantes cubanos en la sociedad norteamericana impacta sin dudas la identidad cubana en su más amplio sentido. Esto se refleja en el proceso de asimilación, aculturación, integración o interculturalidad que pueden desarrollar, con el consiguiente mantenimiento y pérdida de rasgos de identidad cubana, y con la conformación de nuevas formas como lo cubanoamericano, con componentes identitarios cubanos y norteamericanos, al mismo tiempo.²⁰ ¿Cuánto de identidad cubana hay en la diáspora en los Estados Unidos en estos momentos? ¿A qué cultura pertenecen las manifestaciones de los cubanoamericanos en la literatura, la plástica, el teatro o la música?

Esas pudieran ser algunas de las preguntas. Hay otras, quizás más importantes, en el sentido de reconocer la necesidad de diálogo entre las partes y la aceptación mutua de las diferencias. ¿Cómo relacionar zonas de la identidad cubana si no se reconocen explícitamente unos a otros, si un aspecto de la identidad de cada uno es olvidarse de lo común y establecerse como el opuesto? ¿Cómo aceptar la ampliación de la identidad cubana si parte del conflicto político de fondo está en la pertenencia o no al país, a la nación y a la identidad que estableció cada grupo, o que se le indujo, como distintivo de sus objetivos? Después de dos décadas de total abismo y silencio en los años 60 y los 70, y de algún intento frustrado de deshielo en 1978 y 1979,²¹

parece resurgir una tendencia al reconocimiento de ambas partes de la cultura cubana, desde fines de los 80. El debate en este sentido recién ha comenzado, con acciones personales, políticas y teóricas, en los años 90.²² El incremento de las visitas familiares en ambas direcciones, de las comunicaciones, de los intercambios culturales y académicos, de publicaciones con participación de escritores y académicos de ambas partes, más la realización de la Conferencia «La nación y la emigración», así como otros eventos convocados por el gobierno cubano, se inscriben en esta línea.²³

Del transnacionalismo a la identidad cubana y su diáspora

Décadas atrás, cuando se analizaba la migración internacional, se hablaba de origen y destino de la migración como cosas separadas. El proceso de conjugación de factores de expulsión de individuos de una sociedad era uno, y otro el de inserción en la que los recibía. Los cambios en la identidad del migrante estaban basados, en lo fundamental, en los niveles de asimilación, integración o segregación en la nueva sociedad y, claro, en los lazos que mantuvieran con la de origen, mucho menores. El emigrado era, en esencia, una referencia para el resto de la población del lugar de origen; igualmente, entre los inmigrantes la sociedad de partida aparecía, en lo esencial, como referente imaginario, con expresiones concretas en las costumbres cotidianas básicas y modos culturales. No había relaciones económicas, políticas o sociales suficientemente sólidas entre migrantes y población de origen, que pudieran considerarse parte constitutiva de la vida de una comunidad en dos países diferentes.

Desde luego, hay antecedentes de circularidad migratoria en casos como México y Puerto Rico, en su relación territorial especial con los Estados Unidos. En el primer caso, durante la mayor parte del siglo xx el cruce incesante de trabajadores temporales, documentados o no, imprimió una interacción especial en toda la franja fronteriza, que solo se ha visto limitada en la última década por las políticas de militarización y cierre de frontera adoptadas por los Estados Unidos. Los puertorriqueños, sin embargo, han logrado mantener esa circularidad migratoria, gracias a su condición de ciudadanos estadounidenses desde 1917. En la región también hay que destacar la circularidad migratoria entre las propias islas del Caribe, sobre todo del Caribe anglófono.

Sin embargo, hoy los niveles de interconexión logrados entre el lugar de origen y de destino del migrante, más su movilidad entre ambos territorios, son tales en algunos países o localidades (República

Dominicana, El Salvador, México) que, a inicios de los años 90, varios autores comenzaron a hablar de transnacionalismo migratorio, comunidades transnacionales e identidad transnacional. Esa es la nueva dimensión del efecto de la emigración.

El término «transnacionalismo» se está empleando para denotar el proceso mediante el cual los migrantes forjan y sostienen relaciones sociales, con filamentos múltiples, que vinculan sus sociedades de origen y de asentamiento, construyendo esferas sociales que cruzan fronteras —geográficas, culturales, políticas—, y sostienen una activa participación en ambas sociedades.²⁴ Practican una movilidad permanente, en dos direcciones, de recursos tangibles e intangibles: personas, dinero, ideas, símbolos culturales, conflictos políticos, etc.²⁴ Todo el movimiento es facilitado por el enorme desarrollo de las comunicaciones en telefonía, radio, televisión, computación, y las más diversas formas de transporte. Las distancias se han hecho pequeñas y los costos han disminuido. La inmediatez de la información, la comunicación personal, o una transacción bancaria o comercial, propician la participación socioeconómica en dos sociedades diferentes.

Sin dudas, en las condiciones de la llamada globalización, la migración transnacional expresa, de forma peculiar, la interconexión del mercado laboral internacional, el movimiento de mercancías y capitales en pequeña escala, y la interdependencia política y social entre territorios diferentes. Miles de pequeñas y medias empresas son financiadas, desde el exterior, por los emigrados. Los viajes cíclicos de los nuevos «empresarios transnacionales» emigrados se convierten en una forma de aprovechar las oportunidades económicas entre ambos países, y hasta los de más recursos van en busca de grandes inversiones.²⁶ Las remesas financieras provenientes de los emigrantes se convierten en una fuente de subsistencia para miles de familias, y llegan a constituir una de las tres primeras fuentes de divisas para algunas economías, como en El Salvador, República Dominicana y Cuba.²⁷ En muchas comunidades, la actividad social comienza a vincularse y hasta a depender de la relación con los emigrados en los nuevos proyectos, la promoción cultural y las decisiones políticas. De igual forma, la vida de muchos emigrantes y sus proyectos económicos o sociales están cada vez más vinculados a su país de origen, en lugar de a la sociedad receptora. Hay no solo una internacionalización de la economía a nivel estatal, sino también de la vida cotidiana de familias y comunidades completas.

Este proceso de transnacionalismo gradual lleva a dejar atrás las definiciones de emigración y retorno definitivos, crea complejos caminos de interacción de

raza, etnicidad, clase y otras variables de identificación social, que se separan del nacionalismo tradicional. La nueva identidad transnacional no tiene una base Estado-nación única, como principio; el migrante participa, a la vez, en dos sistemas políticos y ciudadanos, quizás contradictorios. La migración transnacional ha creado comunidades imaginarias, sin fronteras, familias conectadas por fuertes redes de interacción a largas distancias, e identidades híbridas. La tendencia del inmigrante a rechazar las presiones de la sociedad receptora, va unida a la necesidad de adaptarse a la vida allí, para encontrar mecanismos de superación social, y a los fuertes vínculos con la sociedad de origen. Tal es el caso de los dominicanos en San Juan y Nueva York.²⁸

Los lazos e interrelaciones entre los emigrados y la comunidad de origen no solo transforman su identidad, sino que actúan en la nacional en general, influyen en las costumbres cotidianas de la vida en la sociedad de origen, y en el lenguaje. Nuevos hábitos de consumo y manifestaciones culturales se entronizan en la vida nacional, por sus propios coterráneos, no por la influencia extranjera directa. El nacionalismo tradicional se ve, por tanto, amenazado por esta tendencia.

La gente que se desplaza cruzando fronteras se ha vuelto una fuerza significativa en la transformación del Estado-nación y sus instituciones. La redefinición de la identidad nacional y la ciudadanía se ve presionada, desde arriba, por la dinámica de los Estados y los capitales y, desde abajo, por los migrantes transnacionales. Hay más de un Estado involucrado en la vida cotidiana de esas personas, lo cual aumenta la diversidad étnico-nacional en los países receptores y a su vez influye en los países de origen.²⁹

Estados como México, República Dominicana y Colombia, entre otros, se han visto obligados a readecuar sus políticas hacia sus emigrados, han modificado sus constituciones políticas en virtud de permitir la doble ciudadanía y la participación electoral de los residentes en el exterior. Han creado departamentos o instituciones especiales para atender a sus nacionales en el extranjero, y comienzan a adoptar políticas de corte transnacional en el sentido de actuar e influir sobre esos ciudadanos, ya sea para encauzar sus remesas financieras en función de políticas económicas nacionales o como vía de capitalizar su potencial político hacia el interior y hacia el propio país de emigración.

¿Qué relación pudiera tener la diáspora cubana con esta nueva manifestación de la emigración, cuando hay un conflicto político que la separa del país de origen, cuando se vive en sistemas socioeconómicos opuestos, y cada parte busca revertir la historia? Parecería que no

existe conexión alguna; pero sí hay relación a partir de este nuevo enfoque teórico de la migración, y desde mucho antes —aunque en dimensiones y contextos diferentes.

Para los cubanos no existe el transnacionalismo migratorio en sentido estricto. Una fuerte política restrictiva al movimiento de cubanos hacia y desde el exterior caracteriza la política cubana desde 1961, cuando pasó a ser tema de seguridad nacional, en tanto los cubanos emigrados en los Estados Unidos —durante los primeros años de la Revolución— se convirtieron en el foco esencial de los intentos por derrocar al nuevo sistema, y en arma estratégica de la política estadounidense para esa propia finalidad.³⁰ Sin embargo, el efecto del transnacionalismo migratorio pudiera estar en dos niveles. Uno, primario, respecto al proceso de conformación de identidades en la diáspora y la Isla desde los años 60, y otro con los cambios radicales ocurridos en la relación entre el país y los emigrados, y el consecuente relacionamiento que esto permite, en la coyuntura de los 90.

En el segundo nivel del grado de interconexión entre la diáspora y la Isla, baste señalar que después de la legalización de la tenencia de dólares, en 1993, de que se permitiera el envío de remesas monetarias desde el exterior y se facilitara la visita a Cuba de los emigrados —y aun bajo las restricciones de los Estados Unidos al respecto, como parte del bloqueo económico contra Cuba—, los viajes a la Isla de cubanos radicados en los Estados Unidos se ubicaron en más de 40 000 hacia 1995, vía terceros países, cuando no existían vuelos directos. Una vez que se iniciaron, y se flexibilizaron algunas restricciones norteamericanas, los viajes llegaron a 130 000 en el año 2000. Actualmente se están realizando entre 20 y 25 vuelos semanales desde Miami, Nueva York y Los Ángeles, hacia La Habana, Santiago de Cuba, Cienfuegos, Camagüey y Holguín.³¹ La CEPAL ha calculado que, en 1998, Cuba recibió 700 millones de dólares como remesas financieras,³² cifra que ha aumentado en los últimos años. El impacto de ambos indicadores es obvio en una economía tan pequeña como la cubana, la que, por demás, atraviesa la peor escasez de recursos de su historia. Todo esto tiene claras influencias sobre la moda, la música, el modo de vida, la economía familiar y otros elementos conformadores de identidades en la Isla y la diáspora, emblemas claros de los lazos culturales transnacionales que cada día se extienden entre cubanos del interior y el exterior de la Isla.

En cuanto a la identidad cubana, el transnacionalismo lo apuntamos no como expresión de acercamiento, de relación fluida y permanente, o vida común entre emigrados y comunidad de origen, sino como interrelación establecida, entre ambas partes,

por oposición y conflicto crítico de desconocimiento mutuo y negación, que condiciona parte de los elementos identitarios de cada lado, bajo la influencia de su matriz cultural común y de la acción de los Estados involucrados en la formulación de etiquetas identitarias.

En el contexto de la confrontación política Estados Unidos-Cuba, cada gobierno se encargó de influir, promover, e imponer, en algunos casos, la identidad que más convenía a sus intereses estratégicos, para definir a los migrantes. El gobierno norteamericano y la propia comunidad emigrada se han encargado de vender una imagen de «exilio» para designar toda la emigración cubana posterior a 1959, y también la de «exilio dorado» o «comunidad triunfadora de refugiados», en los años 60 y los 70. O la imagen del «balseiro» escapado del «comunismo infernal». Todo como vía de desacreditar y descalificar el proceso social de la Revolución. Los cambios en la política migratoria norteamericana a partir de 1994 hacia los cubanos —en especial la repatriación de «balseiros», acordada en 1995 con el gobierno cubano, y su caracterización como inmigrantes ilegales— afectan una parte política esencial de la identidad cubana en el exterior que tanto han defendido ellos mismos, o por lo menos los grupos líderes que se encargan de sobredimensionar el aspecto político de la emigración.

Dentro de Cuba, la denominación de las personas que emigraban cambió según el momento histórico, en relación directa con el clima político del país, el estado de la confrontación con los Estados Unidos y las relaciones con los cubanos residentes en el exterior, entre otros factores. Fue evidente el predominio del componente político-ideológico en las diferentes formulaciones. El discurso oficial, la prensa y la voz popular, coincidentes en su mayoría, acuñaron los términos «contrarrevolucionarios», «gusanos», «apátridas» y «vende patrias» para los que emigraban, a partir de la participación de un importante sector de esos emigrados en acciones políticas, militares y de espionaje contra la Revolución, en contubernio con el gobierno de los Estados Unidos. Se perdió la diferencia de grupos o sectores entre el más de medio millón de cubanos que emigró desde 1959 hasta 1973, cuando finalizó el llamado «puente aéreo». Esta visión interna ayudó, sin dudas, a reforzar la imagen externa de esta emigración como «exilio».

Después, a raíz del diálogo de 1978 entre un grupo de estos emigrados y el gobierno cubano, se comenzó a llamar «la comunidad» o «los comunitarios» a los cubanos que venían en visitas familiares a Cuba. Muchos estaban dispuestos a conversar con el gobierno revolucionario —lo que implicaba, de hecho, un reconocimiento a la Revolución, a pesar de las

discrepancias políticas. Casi de manera simultánea surgió el término «escoria» para denominar a los que emigraron en 1980, en el singular éxodo que se produjo por el puerto del Mariel.

Los cambios en la política migratoria cubana, un nuevo contexto nacional e internacional, el viraje de la política inmigratoria norteamericana y un acercamiento del gobierno de Cuba a los cubanos residentes en el exterior, han facilitado —al menos en Cuba— una imagen pública más precisa del asunto. Ahora se les denomina «la emigración», «la comunidad emigrada», «los emigrantes».³²

Durante los últimos años se está dando un real acercamiento entre cubanos de la Isla y del exterior, al margen de las diferencias políticas. El gobierno cubano está impulsando oficialmente esta política con hechos concretos desde 1994; pero a nivel familiar el proceso es mayor y viene en gradual crecimiento desde años anteriores. En él intervienen muchos factores de la situación cubana en los 90 y de la nueva percepción y autopercepción que se va teniendo de la emigración, que incluye la no ruptura definitiva con la Isla, a diferencia de décadas anteriores. Aquí lo interno interactúa con lo externo, igual que lo individual con lo social. Un reconocimiento de ambas partes se va construyendo, una nueva relación trata de imponerse, aunque partes de ambos lados lo dificulten a nivel político o institucional.

Los cambios de los años 90 en Cuba han traído —igual que en otros países, aunque en un nivel diferente— una mayor atención hacia los nacionales residentes en el exterior, no solo en términos de cambio de política, sino, en mayor medida, en el reconocimiento cultural de ambas partes y en el comienzo de su divulgación.

De los problemas en la definición de la identidad cultural cubana y su diáspora

En la comprensión de lo cubano hoy, además de analizar la formación histórica de la identidad cubana desde el siglo XIX y su relación con la lucha por la independencia nacional desde su surgimiento hasta nuestros días, es preciso apuntar el proceso permanente de construcción y deconstrucción que esta sufre, y su ampliación a partir del surgimiento y desarrollo de una fuerte comunidad cubana en el exterior.

Una cultura debe ser permanentemente reinterpretada, ampliada con elementos del cambio interno y externo; pero también debe defender su identidad y sus fronteras para evitar la tolerancia extrema, que conduce a la desorganización social y cultural. Pero defenderla contra todo lo extranjero o

externo, lleva a la homogeneidad forzada, al autoritarismo y limita la pluralidad. La heterogeneidad impuesta al extremo o desde el exterior, por su parte, conduce al relativismo cultural y político e impide la realización de proyectos nacionales y cambios sociales estructurales.

En el proceso de construcción y deconstrucción de la identidad cubana actual y su relación con la diáspora habrá que considerar cuidadosamente varios factores:

- Su manifestación como necesidad de una nueva relación individuo-colectivo-nación.
- La movilidad y amplitud del concepto y la forma en que sus componentes de relación social intervienen: la integración y la crisis, la estrategia y los recursos, así como el compromiso y la forma de conflicto en que se expresa el vínculo entre la Isla y la diáspora. La necesidad de incluir en la identidad cultural cubana ambas partes y que cada una reconozca su papel.
- La relaciones que pueden establecerse entre la identidad cubana y su diáspora, con los presupuestos teóricos y prácticos de la sociedad multicultural y el transnacionalismo.
- El papel del conflicto Cuba-Estados Unidos y Cuba-diáspora como límites al proceso de inclusión. La mediación institucional a favor y en contra de los procesos integracionistas y del derecho público y privado de los individuos a escoger espacios y normas diferentes para vivir, sin que se imponga la voluntad política de unos sobre otros.
- El desconocimiento de ambas partes como vía de identificación y legitimación por exclusión de cada una, con su impacto sobre la identidad nacional y la cultura.
- En el análisis específico de la conformación y los cambios de la identidad cubana en la diáspora residente en los Estados Unidos, debe considerarse el impacto de las diferentes oleadas migratorias a partir sus características propias como individuos, y de los componentes sociales que arrastran desde Cuba en cada época, además de la coyuntura política en que se produce el movimiento migratorio y el impacto del enclave y la sociedad receptora. Las nuevas oleadas migratorias actúan como portadoras de lo cubano, como revitalizadoras de la cubanía del enclave, y a su vez llevan los nuevos elementos de la identidad cubana en la Isla. También debe considerarse el papel del enclave cubano en Miami, que actúa como facilitador de conservación de lo cubano, pero también como estigmatizador político, en oposición al cambio y a la asimilación de lo nuevo respecto a la Isla.
- Para la evolución de la identidad en la Isla, hay que considerar las incorporaciones, exclusiones,

modificaciones a los elementos tradicionales, que han provocado más de cuarenta años de transformación sociocultural y económica radical como resultado de la Revolución socialista.

- Para ambas partes hay que valorar el impacto recíproco de la interrelación familiar directa y algún acercamiento en términos de intercambio cultural. El incremento de viajes en ambas direcciones desde 1991, la mejoría en la comunicación telefónica, el aporte económico del exterior a los de la Isla y un mayor conocimiento mutuo de lo que pasa en ambos lados, impacta la actitud y el comportamiento de cada grupo en lo cultural, lo social, económico y político en términos de realización individual o aspiraciones; o sea, en la construcción del espacio ideal, inexistente en la realidad, o en el comienzo del tejido de las relaciones transnacionales de vida económica, social y familiar, en los escasos límites que ofrece la relación actual entre Cuba y los Estados Unidos.

Notas

1. Judit Bokser y Alejandra Salas-Porras, «Globalización, identidades colectivas ciudadanía», México, D. F., 1998. [mimeo].
2. Arjun Appadurai, *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 2001; Judit Bokser y Alejandra Salas-Porras, ob. cit.
3. Michael Walzer, *Las esferas de la justicia social. Una defensa del pluralismo y la igualdad*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 1993, pp. 44-74.
4. Alain Touraine, «¿Qué es una sociedad multicultural?», *Claves*, n. 56, octubre de 1995, pp.14-25; Will Kymlicka, *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*, Paidós, Barcelona, 1996; Javier de Lucas, «La sociedad multicultural. Democracia y derechos», *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n. 167, México, D. F., 1997; Arjun Appadurai, ob. cit.
5. Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton, eds., «Towards a Transnational Perspective on Migration: Race, Class, Ethnicity and Nationalism Reconsidered», *The Annals of the New York Academy of Science*, n. 645, Nueva York, 1992; Linda Basch, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized States*, Gordon and Breach, Nueva York, 1994; Alejandro Portes, «Comunidades transnacionales: su surgimiento e importancia en el sistema mundial contemporáneo», *Temas*, n. 5, La Habana, enero-marzo de 1996, pp.109-21; Luis Guarnizo, «El surgimiento de formaciones sociales transnacionales. Las respuestas de los estados mexicano y dominicano a la migración transnacional», en Mario Lungo, comp., *Migración internacional y desarrollo*, t. II, Fundación Nacional para el Desarrollo, San Salvador, 1997, pp. 163-214; Jorge Duany, «The Creation of a Transnational Caribbean Identity: Dominican Immigrants in San Juan and New York City», en Juan Manuel Carrión, ed., *Ethnicity, Race and Nationality in the Caribbean*, Institute of Caribbean Studies, University of Puerto Rico, San Juan, 1997, pp.195-232.
6. Alain Touraine, *Crítica a la modernidad*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid, 1993, pp. 9-14; Michael Walzer, ob. cit., p. 50.

7. Michael Walzer, ob. cit., p. 50.
8. *Ibidem*.
9. William Petersen, *La población: un análisis actual*, Tecnos, Madrid, 1968, p. 42.
10. Rik Pinxten, «Identidad y conflicto: personalidad, socialidad y culturalidad», *Revista CIDOP d'Afers Internacionals*, n. 36, Barcelona, 1997, pp.39-57.
11. François Dubet, «De la sociología de la identidad a la sociología del sujeto», *Estudios Sociológicos*, v. VII, n. 21, México, D. F., 1989, p. 520.
12. *Ibidem*, pp. 521-33.
13. *Ibidem*, p. 536.
14. Rik Pinxten, ob. cit., p. 55.
15. Alain Touraine, «¿Qué es una sociedad multicultural?», ob. cit., p. 16.
16. *Ibidem*, p. 14.
17. U.S. Immigration and Naturalization Service, *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, 1990, U.S. Government Printing Office, Washington DC., 1991; *Statistical Yearbook of the Immigration and Naturalization Service*, 2000, U.S. Government Printing Office, Washington DC., 2001.
18. U.S. Census Bureau, *La población hispana. Información del Censo 2000*, julio de 2001, C2KBR/01-3SP.
19. Ernesto Rodríguez Chávez, *La emigración cubana actual*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.
20. Eleanor M. Rogg, *The Assimilation of Cuban Exiles: The Role the Community and Class*, Aberden Press, Nueva York, 1974; Lisandro Pérez, «Immigrant Economic Adjustment and Family Organization: The Cuban Success Story Reexamined», *International Migration Review*, n. 20, Nueva York, primavera de 1986, pp. 4-20; Juan Valdés, «La aculturación de la comunidad cubana en los Estados Unidos», *Cuadernos de Nuestra América*, v. 5, n. 7, La Habana, 1987, pp.160-218; Carlos M. Álvarez, «La comunidad cubano-norteamericana del sur de la Florida: algunas reflexiones», en Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada, eds., *Hispanos en los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1988, pp. 297-306; Alejandro Portes y Cynthia Truelove, «El sentido de la diversidad: recientes investigaciones sobre las minorías hispanas en los Estados Unidos», en Rodolfo J. Cortina y Alberto Moncada, eds., ob. cit., pp. 29-58; Abel Prieto, «Cultura, cubanidad, cubanía», en Varios, *La nación y la emigración*, Editora Política, La Habana, 1994, pp.38-83; Alejandro Portes, *Segunda generación de inmigrantes cubanos en los Estados Unidos*, conferencia en la Universidad de La Habana, 26 de junio de 1995.
21. *Diálogo del gobierno cubano y personas representativas de la comunidad cubana en el exterior*, 1978, Editora Política, La Habana, 1994.
22. Varios, *Cuba: cultura e identidad nacional*, Ediciones Unión, La Habana, 1995; Ruth Behar y Juan León, eds., *Bridges to Cuba/ Puentes a Cuba*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1995; Román de la Campa, «Norteamérica y su mundo latino. Ontologías, globalización, diásporas», *Apuntes posmodernos/Postmodern Notes*, otoño de 1999/primavera de 2000; Max Castro, «The Trouble with Collusion. Paradoxes of the Cuban-American Way», en Damián J. Fernández y Madeline Cámara, *The Elusive Island*, University of Florida Press, 2000; Jorge Duany, *From the Cuban Ajiaco to the Cuban-American Hyphen: Changing Discourses of National Identity on the Island and in the Diaspora*, Occasional Paper Series, a. 2, n. 8, Cuban Studies Association, Miami, 1997; Abel Prieto, ob. cit. Pueden verse también revistas cubanas como *La Gaceta de Cuba*, *Unión*, *Temas*, *Debates Americanos*, o la publicación electrónica *La Jiribilla*.
23. Varios, *La nación y la emigración*, ob. cit.; Discursos, intervenciones principales y ponencias de la Conferencia «La nación y la emigración», Granma, La Habana, 4 al 7 de noviembre de 1995.
24. Linda Basch et al., ob. cit.; Nina Glick Schiller et al., ob. cit.
25. Luis Guarnizo, ob. cit., p. 170.
26. Alejandro Portes, «Comunidades transnacionales: su surgimiento e importancia en el sistema mundial contemporáneo», ob. cit.
27. Charles B. Keely y Bao Nga Tran, «Remittances From Labor Migration: Evaluations, Performance and Implications», *International Migration Review*, v. 23, n. 1, Nueva York, 1989, pp. 500-25; Howard J. Wiarda, «The Economic Effects of Emigration: The Dominican Republic», en Beth J. Asch, ed., *Emigration and Its Effects on the Sending Country*, Center for Research on Immigration Policy, RAND, Santa Mónica, CA, 1994, pp. 153-84; Lilian Autler, «Una potencial alianza para el desarrollo. Remesas y movimiento cooperativo en El Salvador», en Mario Lungo, comp., ob. cit., t. I., pp. 95-148; Mario Lungo, «Migración internacional y desarrollo. Una cambiante relación multidimensional», en Mario Lungo, comp., ob. cit., pp.17-40.
28. Jorge Duany, «The Creation of a Transnational Caribbean Identity: Dominican Immigrants in San Juan and New York City», ob. cit.
29. Luis Guarnizo, ob. cit., p. 166.
30. Hugo Azcuy, *Los derechos fundamentales de los cubanos y la cuestión de la emigración en las relaciones Cuba-Estados Unidos*, Centro de Estudios sobre América [mimeo], La Habana, 1995.
31. Ricardo Alarcón, *Intervención en la Reunión Interparlamentaria México-Cuba*, Veracruz, 28 de junio de 2001; World Data Service (WDS), «Vuelos entre Cuba y Estados Unidos se expanden», La Habana, 5 de marzo de 2002.
32. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), *La economía cubana. Reformas estructurales y desempeño en los noventa*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F., 2000, cuadro A30.
33. Ernesto Rodríguez Chávez, ob. cit., pp. 81-138.